LXXII.

Con la vista al Putrifola amenaza,
que del Tartaro astuto se retira,
pero el Chinche valiente al punto traza
la muerte o el assombro al que le mira:
disparale dos granos de mostaza,
que son las balas que encendidas tira,
llenas de fuego artificial, mas luego
abre camino el Myrmilion al fuego.

LXXIII.

Aparta a un lado el Zangano, y no aguarda
que las balas le toquen a la ropa,
que aunque fuera de acero hará que arda
tan grande fuego qual si fuera estopa:
passan como de tiro de bombarda,
y con la chusma Myrmiliona topa
el un globo y el otro, y los dos juntos
dejaron veinte miseros difuntos.

LXXIV.

Alli la raspilanza del Myrnuca
entre todas las otras resplandece,
que con terribles impetus trabuca
todo quanto delante se le ofrece:
alli con mas rigor la flor caduca
de la dispuesta juventud perece,
que aunque el Myrnuca es viejo, son sus años
ministros fieros de mayores daños.

El

LXXV.

El grande Barriliense le acomete,
aqui sí que se escuchan golpes raros,
que el eco cada qual del suyo mete
en los retretes de la luz avaros:
el uno y otro general ginete
furiosos aperciben los reparos,
este la costra del rocin matado,
y aquel la dura escama del pescado.

LXXVI.

La raspa y lanza con sobervià abaja
la Hormiga contra el Tartaro, y sañuda
los pies aprieta, y con furor ultraja
los hijares hinchados de su aluda:
su caballo veloz de mas ventaja
hace el pagano Tartaro que acuda,
y en la mano derecha afierra el hasta,
que no es la del Myrnuca mejor casta.

LXXVII.

Un gato montañes de su bigote
le dió la lanza al Tartaro pagano,
a cuya fuerza y tremebundo bote
no hay escudo seguro o peto sano:
ponelos juntos el ligero trote,
y arrimanse las puntas, pero en vano,
esta a la escama del pescado llega,
y la otra a la uña se le pega.

Pas-

LXXVIII.

Passa el Myrnuca adonde la de Arjona
su fuerza grande y de los suyos presta,
a la fiera caterva Myrmiliona
entre la Chinche y Mosquifuro puesta:
mil almas en sus redes aprisiona
el Araña, y con machinas molesta
el Putrifola Chinche, que sus balas
siempre a los Myrmiliones fueron malas.

LXXIX.

Pero de todas la mejor hazaña
fue la del Rey Sanguileon, que viendo
que se iba de sus gentes la campaña
por el Araña vil disminuyendo,
furioso arremetió contra la Araña,
yendo delante el furibundo estruendo
de las Abejas, que la red espessa
quebrantaron quitandole la presa.

LXXX.

Hizo el fuerte Myrnuca grandes pruebas
contra el famoso Myrmilion Mosquito,
del estrago llevandole las nuevas
al Rey Sanguileon el triste grito:
no visitáran sus obscuras cuevas,
ni vieran de sus montes el distrito
los Myrmiliones otra vez, si acaso
el Rey Sanguileon no alarga el passo.

La

LXXXI.

La simiente del cañamo se cala
sobre la real indomita cabeza,
y va sobre el morcillo, que la bala
no hiende el viento con mayor presteza:
llega al Myrnuca, que sobervio tala
del bravo Myrmilion la fortaleza,
y arrimale el agudo porcipelo,
y echale de la silla por el suelo.

LXXXII.

Dio el general Hormiga tal caida,
y fue el ruido de sus armas tanto,
que fue por el exercito extendida
su desdicha cruel, pena y quebranto:
la tierra temerosa, que ofendida
se vió del golpe que le puso espanto,
se estremeció de suerte, que la tierra
pensó que el gran Myrnuca le hacia guerra.

LXXXIII.

La gente de su exercito mirando
su General en tierra, temerosos
ya iban a la fuga los pies dando,
para esto hasta aquel punto perezosos:
el Granestor mirólo, que matando
estuvo en muchos trances peligrosos
infinitas catervas a despecho
del Tartaro feroz y de su pecho.

Pe-

LXXXIV.

Pero viendo cubiertos los caminos
de Hormigas que iban con temor huyendo,
perdonales la vida a los Mosquinos,
que la estaban con él antes perdiendo:
tras ellos corre, y diceles: Mezquinos,
¿adónde vais sin vuestro honor corriendo?
¿quién os ahuyenta, quando un monte dejo
de muertos, y de sangre un mar bermejo?

LXXXV.

¿Tan presto temerosos se os olvida
la Pythonica sangre que sorbieron,
donde la estirpe vuestra disminuida
por estos viles vuestros padres vieron?
¿pues dónde caminais sin ser vertida
mas sangre de sus cuerpos, que bebieron
del lago del Python, origen claro,
que ha dado al mundo vuestro ingenio raro?

LXXXVI.

Volved sobre vosotros y sobre ellos,
y con esfuerzo sacudid el yugo,
que oprime cada dia vuestros cuellos,
dandoos la guerra por mortal verdugo:
que hoy echareis del gran valor los sellos,
si estos que chupan el ageno jugo,
las vidas pierden por las fuerzas vuestras,
que pusieron estorbo a tantas nuestras.

Se-

LXXXVII.

Seguidme a mí, que vuestro Rey me llamo,
y me vereis, soldados, como entro,
y con mis armas su bullicio infamo,
dando sus almas al profundo centro:
vereis, dellos la sangre que derramo,
y con mi lanza aguda en este encuentro
quantos ñudos les corto de las vidas,
con que las partes dos estan unidas.

LXXXVIII.

Vereis con quanta fuerza descalabro
la cabeza del vulgo Zenzalino,
y en el cuerpo del Tartaro Rey abro
para sacarle el alma real camino:
vereis, si me seguis, como los labro
de fuego con el fuerte y repentino,
que acompaña mi furia, con que abraso
el exercito vil por donde passo.

LXXXIX.

No le dejó la colera amarilla,
que bien el rostro la color mostraba,
que acabe entonces su razon, y trilla
el camino que al campo le guiaba:
como una furia va sobre la silla
del animal hermoso, que enseñaba
por su cola la luz, que en la Mosquea
halló de vaca la cabeza fea.

XC.

Con estos dichos y palabras tales
todos los flacos animos se encienden,
que pueden mucho persuasiones reales,
quando a los suyos reducir pretenden:
dejan la fuga los vasallos leales,
y por en medio del contrario hienden,
rompen, destrozan, cortan, hieren, matan,
atropellan, sojuzgan, desbaratan.

XCI.

¡Qué de Moscones fuertes prenden vivos,
metiendolos en carceles obscuras!
¡qué de Hormigas feroces van cautivos,
y los esconden en prisiones duras!
¡qué bravos Myrmiliones vengativos
padecen impensadas desventuras!
¡qué de Chinches de machinas cargadas
viven a muerte infame condenadas!

XCII.

Ya no hay lugar en todo el campo adonde
se pueda pelear, que la matanza
la superficie de la tierra esconde,
¡o fiera inclinacion a la venganza!
el pequeño lugar, que corresponde
al agudo remate de una lanza,
no se hallará de campo descubierto
sin sangre roja o enemigo muerto.

Ya

XCIII.

Ya los caballos el rigor no sienten
de la dorada espuela o acicate,
y solo sirve de que alli revienten,
quando el hijar cansado se les bate:
ya los fieros soldados no consienten,
que dure mas el belico combate,
quando no sufre el cuerpo la acerada
malla, ni el brazo la sangrienta espada.

XCIV.

Como los galgos que la lengua estiran,
y con la fuerza del cansancio anhelan,
que aunque la liebre por los campos miran,
no la persiguen, ni tras ella vuelan:
entre la sombra y matas se retiran,
y aunque en los vientos nuevo rastro huelan,
la fatiga sus miembros embaraza,
sin que se atrevan a seguir la caza:

XCV.

Rinde a la fiera gente la fatiga,
y se apodera de sus fuerzas, antes
que los sujete y rinda la enemiga
espada de contrarios arrogantes:
no se ve Hormiga que a la Mosca siga,
ni Chinche que las balas penetrantes
tire al Mosquito, ni caballo o yegua,
que ya no ponga a sus carreras tregua.

XCVI.

Vuelvese el cielo decimo entre tanto
que duraron los belicos furores,
precipitando tras su moble quanto
se encierra en las espheras inferiores:
tendió la noche su medroso manto
por el largo Oceano, y los temblores
no la dejaron que en el manto ingiera
la plata hermosa de la octava esphera.

XCVII.

Ya al galope Phlegon, Eoo y Etonte,
y el rigido Pyroo bajan las frentes,
y del Cimico mar el horizonte
dejan y en triste luto a los vivientes:
ya el sol dejaba al mas altivo monte
privado de sus rayos, que aunque ausentes
á ver el furor belico estuvieron,
por entre espessas nubes su luz dieron.

XCVIII.

Quatro caballos palidos tirando
iban el coche de la Diosa negra,
y temor el gigante acompañando,
mas temido que fueron los de Phlegra:
por sus passos el sueño iba sembrando
lo que al cansado labrador alegra,
pues no tiene su vida mejor dueño,
que quando vive sepultado en sueño.

Con

XCIX.

Con la lobrega noche fue Morpheo
trages mudando y lenguas diferentes,
y Phabetor mas vario que Proteo
transformandose en aves y serpientes:
mostrando fue el temor su rostro feo,
entorpeciendo las mortales gentes,
tomando por ministro para el caso
las espantables formas de Phantaso.

C.

Cierra la noche de la luz las puertas,
y el sitio adonde se batalla mide,
y a las catervas de cansancio muertas
la guerra por entonces les impide:
las unas y otras con temor despiertas
treguas ponen entre ellas, y despide
la noche el fuego y belico aparato,
hasta que toque el Alva otro rebato.

CI.

Saben los retirados los conciertos,
y quitando a sus fuertes los cerrojos,
sacan dos mil Lucernigas, que abiertos
de sus quartos traseros traen los ojos:
buscan las Moscas sus soldados muertos
entre la turba, el Fifolgel sus Piojos,
la Pulga sus catervas, y la Araña
los pocos muertos suyos en campaña.

CII.

Entierran las Hormigas sus difuntos,
dandoles en el campo sepultura,
y cuentan los minutos y los puntos
con que passando va la noche obscura:
partense los cansados todos juntos,
mientras de su sossiego el tiempo dura,
a gozar de las treguas, y entre tanto
descansan de la guerra, y yo del canto.

LA MOSQUEA,

POETICA INVENTIVA.

CANTO XII.

I.

AL son del arma despertó la Aurora,
temerosa dejando sus umbrales,
vertiendo en vez de lagrimas, que llora,
las perlas de sus ojos Orientales:
la santa luz del sol, que el mundo adora,
anunciaba a los miseros mortales,
renovando a sus cuerpos el quebranto,
y ella a sí misma por Memnon el llanto.

II.

A la quadra del Sol las Horas bellas,
fueron con lento y perezoso passo,
quitandoles la luz a las estrellas,
o haciendosela dar con rayo escaso:
y despertando a Phebo la una de ellas,
Eunomia diputada para el caso,
contando la salida de la Aurora,
hizo salir al sol la bella Hora.